

Gaziel, En las trincheras . *El reportero que mejor narró la primera Guerra Mundial*. Editorial Diéresi, Barcelona, 2009, 382pp

Per Antonio Marco Greco (Universitat Autònoma de Barcelona)

La literatura absoluta no existe, los textos son siempre una aproximación. La capacidad de acercarse nunca es satisfactoria y la escala de esta aproximación es la escala del talento. La selección de las cosas depende exclusivamente de la intuición, el talento y de los principios éticos. En ese sentido, la literatura es sin duda rica de escenas y descripciones que parecen acercarse a una idea inaccesible. Pero cualquiera que haya hecho la guerra, o la haya vivido, sabe en realidad que no se puede describir. Gaziel¹, el autor de estos reportajes y crónicas seleccionadas², no se aparta de esa clara conciencia. Los fotogramas textuales que él ha decidido custodiar en su obra son solo un débil latido de la realidad guerrera de la Gran Guerra. Gaziel admite que los reporteros son nada más que simples y regocijados turistas, los únicos dignos y capaces de transmitir una imagen de la guerra son los soldados. Ciertas admisiones pueden desalentar a algunos lectores exigentes que esperan encontrar el delirio de los combates. Nosotros aseguramos que a lo largo de la lectura no nos hemos desanimado, en ciertos tiempos duros y difíciles escribir no debe resultar fácil, relajante y satisfactorio para nadie. Estas son las crónicas de un reportero que relata sobre la vida cotidiana en tiempos de guerra, tiene que hacer elecciones dramáticas, adaptarse a dolorosas limitaciones que le obligan a comprimir una realidad pluridimensional en una partícula simplificada. ¿Quién sabe describir los miles de elementos que constituyen la esencia de la batalla de la Marne o de Verdun con pocas palabras en la edición de la mañana? Sondear a lo largo de tres años con sacrificio, compromiso y poco dinero la atmosfera característica de las avanzadas, intentar imaginar sin cinismo lo que sienten las almas y las conciencias de los combatientes nos parece un óptimo certificado de presencia y sobretodo de garantía. Los frentes europeos de la Primera Guerra Mundial son un mundo desmenuzado, diezmado, lleno de contradicciones y movimientos. El tono épico es imposible y la única forma para describir esa plataforma guerrera en continua evolución es una poética del fragmento acompañada por un estilo que procede del argumento tratado.

274

Es como si Gaziel quisiera pasar por una puerta de servicio y, a partir de la suerte de una persona o de un lugar, contrabandear verdades más generales. Él permanece poco tiempo sumido en la penumbra respirando la humedad de la trinchera, confundido en una

¹Véase Manuel Llanas, *Gaziel: Vida, Periodisme y Literatura*, Barcelona, Publicacions de l' Abadia de Montserrat, 1998. Este libro constituye el primer estudio de conjunto sobre la vida profesional y literaria de Gaziel (seudónimo del catalán Agustí Calvet). Al lector que quiera leer sus primicias como reportero aconsejamos: *Gaziel, Paris, 1914. Diari d' un estudiant*. Barcelona, Editorial Aedos, 1965. El escritor hasta la guerra civil será director de *La Vanguardia* y uno de los periodistas mas leídos de Catalunya. A partir de 1940 vive en exilio interior a Madrid donde escribe en silencio una extensa obra que se dará a conocer a principio de los sesenta. A ese propósito véase: Gaziel, *Historia de "La Vanguardia" (1881-1936) i nou articles sobre periodisme*, Barcelona, Editorial Empuries, 1994.

² Las crónicas han sido seleccionadas por Manuel Llanas, biógrafo de Gaziel, y Plácido García-Planas, corresponsal de *La Vanguardia*. Proceden de libros del mismo Gaziel, pero muchas de ellas nunca se han publicado en libro.

quietud funesta entre anónimos soldados y oficiales menores; sin embargo comprende como la extinción del pensamiento es uno de los aspectos más frecuentes y más desconocidos. Aquí el guerrero lo ignora todo excepto su deber de morir en cualquier momento.

Egon Erwin Kisch³, un verdadero clásico del reportaje, decía que a veces la descripción de las dificultades halladas para llegar al lugar del evento bélico son mucho más interesantes que los acontecimientos en sí. Gaziél, trasladándose con un salvoconducto a las líneas de fuego de la batalla del Marne, se concentra en la descripción de ese espacio. Una ruina es algo que deja adivinar bajo su estado actual de decadencia, un tiempo pretérito de esplendor⁴. No eran ruinas eran simplemente la nada. Se describen las batallas sin mencionar la maestría de Joffre o de Gallieni, la impetuosidad de Foch, la voluntad de Serrail o la discordia entre Von Kluck y Bulow. A Gaziél no le importa saber de quién fue la indiscutible victoria o valorar el patriotismo ardiente de los ejércitos. De las casas de los pueblos no quedaba ni forma, no habían sido aniquiladas por la metralla, sino quemadas con activismo y violencia, rociando los muros con petróleo y pegando fuego⁵. Hemos recibido la imagen de una insólita tierra viscosa, en actitud inmóvil, imponente como un ídolo, sin el más pequeño rastro de vida o agitación guerrera. La Gran Guerra de Gaziél no parece una trágica y fotogénica apocalipsis de masa. La plasticidad del galopar de escuadrones y el colorido de los estandartes habían desaparecido, la guerra industrial se estaba burlando sin piedad de la caballería y de su visualidad. Con el fragor del bombardeo, el tronar de las baterías y los huracanes de metralla, el oído se había convertido en el sentido más apto para percibir la guerra moderna. Casi no existe en sus crónicas la descripción de soldados que agitan muñones para obtener cuidados antes de morir. No nos hemos extraviado en la piedad con demasiada frecuencia. La catástrofe no se hace palpable en el momento de producirse en el frente de combate, sino siempre el día siguiente. En los hospitales de campo comienza la verdadera agonía de los soldados que descubren el cuerpo dismantelado. Ya no hay horror en la muerte, el drama se transforma en una especie de balanceo de conciencia, alternativamente vaciada y vuelta a llenar por la memoria de todos los bienes que servían para engalanar, nutrir, festejar una carne que ahora parece semiextranjera. Esos pobres heridos morirán casi todos. ¿Por qué no murieron ya? ¿Su estancia en el hospital de que le sirve, si no es de tormento? La patria, la victoria, el retorno imposible al hogar, la faz amante de los suyos, sus proyectos y ensueños fallidos para siempre jamás: en las conciencias febriles de esos moribundos⁶.

¿Es realmente posible hablar de genios del reportaje, un oficio donde cuentan el trabajo, la cultura, la fortuna y la benevolencia hacia el prójimo? Gaziél en Octubre de 1915 presencia en Monastir, una ciudad serbia mosaico de razas balcánicas, al “sálvese quien pueda” de una turba miserable de fugitivos que anda huyendo febrilmente de su patria moribunda perseguidos por los búlgaros. Estas crónicas balcánicas nos recuerdan que el reportaje es un trabajo colectivo, el resultado de voces y experiencias ajenas. El reportero describe una situación creada por otros. En ese sentido es un género literario colectivo. Además es un oficio lleno de fracasos y de ocasiones perdidas. Se pierde una enorme cantidad de tiempo. Pueden pasar horas o días esperando un medio de fortuna

³ Egon Erwin Kisch (1885-1948), escribe como reportero de guerra en Viena en los mismo años de Gaziél

⁴ Gaziél, En las trincheras. *El reportero que mejor narró la Primera Guerra Mundial*, Editorial Diéresis, Barcelona, 2009, pág. 55.

⁵ *Ibidem*. pág. 89.

⁶ *Ibidem*. pág. 252.



que no llega preguntándose: “¿Llegará o no llegará?”. Gaziel manifiesta empatía extrema hacia los inocentes de la guerra y una particular humildad, duerme donde duermen sus “personajes”, come y bebe lo que comen y beben ellos. La literatura a pié parece ser el único modo para describir algo decente. En el pasado y en otras obras los mitos de valor han brotado sin medida de estas tierras heroicas. La Gran Guerra ha sido fuente de inspiración, tal vez el mejor taller literario que conocemos. Este observador pacífico de batallas modernas no aborda leyendas guerreras, lo cual no significa que los mitos marciales dejen de ser reales, él simplemente describe la guerra por lo que es: un juego peligroso y pueril entre chiquillos traviesos que tienen la estatura y la fuerza de hombre.

Tenemos la sensación de que el hombre al lado de grandes desgracias sea terco, opaco, inmune al mundo. Más que un hombre que ocupa un espacio, parece un bloque de espacio impenetrable en forma de hombre. El mundo lo golpea de rebote, choca contra él, a veces se le adhiere, pero no le atraviesa casi nunca. Quizás es solamente acidia, un letargo emotivo que le impide asumir cada día una posición. Gaziel no posee en absoluto una mente cansada o distraída, conserva conscientemente una zona de reactividad animal pura con la cual transmite al cuerpo y a su pluma la idea de donde se encuentra o de lo que está pasando. La razón por la cual le queremos agradecer a ese intelectual es la de no haberse jamás acostumbrado a la guerra. “La costumbre” dice un personaje de Samuel Beckett “es un potente aislante”. ¿Y si la mente no sabe reaccionar a la evidencia material de una guerra, como actuará en frente a una evidencia emotiva?.